

Revista de Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Wenceslao Urdapilleta
Por la Facultad

Isidoro Martínez
Por el Centro de Estudiantes

José S. Mari
Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Dr. Emilio B. Bottini
Dr. Julio N. Bustamante
Por la Facultad

Rodolfo Rodríguez Etcheto
Por el Centro de Estudiantes

José M. Vaccaro
Por el Centro de Estudiantes

Año XVIII

Agosto, 1930

Serie II, N° 109

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Información Universitaria

Becas de la Guggenheim Foundation para el año 1931

La John Simon Guggenheim Memorial Foundation, establecida en 1925 por el ex Senador Simon Guggenheim y su esposa en memoria de su hijo fallecido el 26 de abril de 1922, ofrece, en las condiciones más amplias, un número limitado de becas latinoamericanas, con el fin de estrechar las relaciones amistosas entre las República de América facilitando una colaboración más íntima entre sus hombres de estudio. Las becas se conceden a quienes se hayan distinguido por sus dotes excepcionales, para proseguir en los Estados Unidos de América trabajos de investigación científica y de creación artística o realizar estudios profesionales en las artes, las letras y las ciencias, estimulando no sólo los estudios académicos, sino también los de importancia práctica que contribuyan a la solución de los problemas económicos y sociales.

La pensión asignada al becado es sólo una forma subsidiaria de cooperar a su obra y no un premio preconstituído. Es por esto que no se señala concretamente cuál será la actividad preferida, ni se enumeran requisitos al aspirante. Ella como éste, serán sugeridos al Comité de Selección y la importancia de ambos determinará la institución de la beca.

Por ahora estas becas de intercambio se ofrecen a ciudadanos de los Estados Unidos, y de las Repúblicas de México, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Perú y Uruguay, y en caso de que el sistema tenga éxito, los Fideicomisarios de la fundación procurarán extenderlo a los demás países de la América Latina tan rápidamente como los arreglos del caso lo permitan. En Argentina habrá dos becas disponibles para 1931, que se concederán al principio del mismo año.

EL ASPIRANTE.— Las becas se ofrecen a hombres y mujeres, sin distinción de sexo, estado civil, raza, credo o profesión.

Se conceden por lo común a personas de 25 a 40 años. El conocimiento de la lengua inglesa no será requisito indispensable para aspirar a la beca, pues en caso de ignorarla, se concederá al designado un plazo extraordinario de seis meses para su aprendizaje, con un aumento proporcional de su estipendio.

Por lo general, se espera que los aspirantes sean graduados de Universidades o de Escuelas Profesionales, o individuos que se hayan especializado en alguna rama de la ciencia o del arte y que hayan aprovechado ya las enseñanzas que su país ofrezca.

Los solicitantes deberán presentar un plan *definido y detallado* de las investigaciones que piensan realizar en el extranjero. La Fundación consultará a hombres de ciencia y artistas de prestigio sobre el valor y la practicabilidad de los proyectos sometidos y sobre la personalidad y la capacidad del aspirante.

EL BECADO. — El pensionado queda en libertad de elegir la Universidad o centro de estudios que considere esté más de acuerdo con la índole de su labor.

Deberá someter un informe completo de sus actividades o estudios al expirar el término de su beca, sin perjuicio de los informes parciales que durante él le pudiere pedir la Fundación. En el caso de solicitar una prórroga, deberá el becado acompañar un informe sobre las investigaciones o estudios que haya hecho.

PENSIONES. — Las pensiones serán por lo común de 2.500 dólares para doce meses. Además, se otorgará una asignación adicional para gastos de viaje, de acuerdo a la distancia que el becado tenga que recorrer para llegar al lugar de sus estudios.

Las becas se otorgan *por un año (o diez y ocho meses para los que no conozcan inglés)*, pero podrán ser renovadas. En casos especiales, la Fundación concede becas por periodos de tiempo más cortos, asignándoles una pensión adecuada.

EL TEMA. — El Comité de Selección en la Argentina considerará todas las solicitudes y proyectos que le envíen las personas que aspiren a las becas para realizar estudios académicos y escolásticos del tipo tradicional asociados con la filosofía, la literatura y la historia, así como aquellos estudios de aplicación práctica, en problemas de orden económico y social. Fiel a esta idea, recibirá gustoso solicitudes para hacer investigaciones en campos relacionados con tales estudios, como por ejemplo planeación de ciudades y regiones, irrigación, legislación del trabajo, salubridad, agricultura, finanzas y bancas, reforestación, vialidad, administración pública, etc.

Se dará atención especial a las solicitudes que deseen estudiar cuestiones políticas, sociales o científicas de interés común para los países de ambas Américas.

SOLICITUDES. — Las solicitudes deberán ser presentadas antes del 15 de octubre de 1930 en *formularios especiales*, que deben obtenerse del representante de la Fundación y Secretario del Comité de Selección en la República Argentina, a quien deberán dirigirse las solicitudes, doctor Enrique Gil, Diag. Sáenz Peña 530, Buenos Aires.

El Comité de Selección hará pública la elección del becado, al principio de 1931.

Para cualquier consulta o informe, los interesados pueden dirigirse al Representante de la Fundación en la República Argentina en la dirección antes mencionada, o al Instituto Cultural Argentino-Norteamericano, calle Córdoba 931, Buenos Aires, o a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, 551, Fifth Avenue, New York City.

**Los deberes de la
inteligencia**

Transcribimos a continuación la conferencia pronunciada por el doctor Aníbal Ponce, en el salón de la Facultad de Ciencias Económicas, el 30 de junio último.

CONFERENCIA DEL DR. ANÍBAL PONCE

Cuando el Renacimiento quitó al hombre moderno la tutela del dogma, le dejó casi a ciegas con el instrumento maravilloso de su propia inteligencia. Había sido hasta entonces una partícula casi indiferenciada de una realidad más vasta y más compleja: el alma colectiva que se reflejaba en él y lo creaba. Sus opiniones y sus creencias, sus sentimientos y sus gustos, veníanle impuestos desde afuera, con una coerción tan violenta, que a veces le iba en ello la vida.

La inteligencia hallaba a cada paso obstáculos sociales en cierto modo insalvables. La robusta alma feudal se prolongaba de tal modo en la entraña misma de la edad moderna, que aun sentimos a veces, en nuestros mismos días, su obstinada fiera. Para ella la inteligencia no pasaba de ser un siervo más; y si le dejaba de vez en cuando una displicente libertad de niño, no se hacía esperar muy largo rato cuantas veces debía atajarla o reprimirla. El pensamiento se fué desarrollando así con una timidez que lo inhibía, y bajo la mirada vigilante de una sociedad temible ensayaba aquí o allá sus inquietos balbuceos.

Llevaba en sus flancos la crueldad de un drama: el drama de quien, habiéndose acercado a la verdad, no tiene el coraje de decirla o imponerla. Una carta de Buffon pone al desnudo ese dolor con un cinismo que aun hoy nos avergüenza. "Es necesaria una religión para el pueblo, dice. En las ciudades chicas, todo el mundo nos observa y es mejor no contrariar a nadie. En todos mis libros he puesto siempre el nombre del Creador; pero no hay más que quitar esa palabra y poner en su reemplazo *la potencia de la Naturaleza*. Cuando la Sorbona me llamó al orden, no tuve ninguna dificultad en darle todas las satisfacciones que pretendía. Por la misma razón, cuando caiga enfermo y sienta aproximar mi fin, no tendré inconveniente en pedir los sacramentos. Nos debemos al culto público, y aquellos que proceden de otro modo no pasan de ser unos atolondrados. No se debe chocar con las creencias populares, como lo hacían Voltaire, Diderot, Helvecio. Este último era mi amigo; le recomendé muchas veces que se moderara, y si me hubiera escuchado habría sido más feliz."

Acaban ustedes de oírlo: para ser "feliz" la inteligencia comprendía que era necesario moderarse. Rehuyó desde entonces la verdad peligrosa, envolvió en nieblas la expresión arriesgada, cortó de raíces las inquietudes más altas. Cuando Cuvier le hablaba de sus "Revoluciones del Globo", Napoleón le dijo: "Ocupaos de eso, pero no toquéis la Biblia." No tocar la Biblia, he aquí la primera prohibición de la Inteligencia; la Biblia, no entendida en el sentido literal de libro santo, sino en la significación más amplia que comprende por igual a la Iglesia poderosa que la respalda y a la sociedad conservadora que la apoya. En la advertencia terminante del Emperador, ¿no asoma acaso el mismo espíritu prudente y cínico

que dicta al naturalista sus consejos a Helvecio? Evitar complicaciones, replegarse en límites modestos, no entrar en conflicto con la autoridad: he ahí la gran "sabiduría".

Sabiduría tímida y mezquina, a buen seguro, pero difícil de guardar, no obstante la docilidad y la mansedumbre. La verdad más modesta, ¿no adquiere a veces proporciones enormes? El botánico simple que colecciona yerbas y el astrónomo despreocupado que colecciona astros, no sospechan la repercusión probable del descubrimiento humilde o del hallazgo feliz. Aun en la obediencia y el respeto la inteligencia resultaba siempre un mal aliado, ¿y quién, por otro lado, se atrevería a buscar rectamente la verdad cuando la teme ver aparecer de pronto? ¿Cómo aspirar, en efecto, a la limpieza del alma del investigador sincero cuando se recela a cada rato las consecuencias sociales de sus opiniones?

La inteligencia de hoy, justo es decirlo, no siente sin duda como antes la brutal tutela de quien manda. Pero no ha perdido del todo su vieja servidumbre. Muchas ligaduras le quedan todavía para romper, y mientras el intelectual aguarde una dádiva, aspire a un favor, cuide una prebenda, seguirá revelando todavía en la marcha insegura y en la voz cortesana el rastro profundo de la antigua humillación. La sociedad tiene otras maneras, menos duras pero no menos eficaces de constreñirlo a su servicio, y bien lo saben por cierto los que tuvieron el coraje de decir la verdad sin antes haber asegurado el pan para toda su vida.

¿No surge de ahí, imperioso y preciso, el primero de los deberes? ¿No salta a los ojos como una condición vital para la inteligencia la de arrancarla a la miseria que sólo enseña a mentir y a adular, afianzando su independencia con el propio trabajo en vez de andar mendigando del Estado la soldada despreciable que le ayude a vivir? La inteligencia, en efecto, no podrá alcanzar la posesión completa sino después de haber conseguido su absoluta autonomía. La obediencia del hombre a sí mismo que es el fundamento de la razón sin trabas exige a su vez la única virtud que puede darle vida: el culto de la dignidad personal como norma directriz de la conducta. Nada que pueda merecer un reproche, nada que pueda significar una obsecuencia. Ahogar para eso las ambiciones mezquinas, los anhelos pequeños, el apetito de tantas cosas sin corazón y sin belleza. Vigilarla por eso sin piedad, hacha en mano como quien cruza una selva. Si el camino es largo más larga es la dicha de marchar por él.

No se aspira a vivir bajo el signo de la inteligencia sin contraer al mismo tiempo obligaciones estrictas, y porque Spinoza era un espíritu libre se creyó obligado a llevar la vida de un santo. Un pensador que es al mismo tiempo un santo; ¿es posible concebir de otra manera los deberes de la inteligencia para consigo mismo?

Cuando la inteligencia ha servido lealmente la verdad, sin una inconsecuencia, sin una cobardía, ha cumplido por eso con todos sus deberes? ¿La vida que la rodea y que la impregna, no tendrá exigencias que ella no puede silenciar? Ignorarlas o desdeñarlas, ¿no será desconocer su verdadero destino, mutilando a sabiendas lo mejor del espíritu? ¿Somos seres únicamente de comprensión y reflexión teórica? Junto al pensador que fundamenta sus conceptos en

la frialdad y en la crítica, ¿no vive acaso otro ser de voluntad y de acción práctica capaz de inclinarse cordialmente sobre el drama humano y compartir sus inquietudes y sus dolores?

Tanto es el empeño en separar la inteligencia de la vida que se dijera hay en ésta algún temor oculto, algún privilegio que defender, algún gran crimen que disimular. Las sociedades, a decir verdad, no han estimado jamás al pensador. Lo han considerado, y con razón, como un hereje. No le perdonan, sobre todo su originalidad, porque la originalidad es una de las formas de la indisciplina. Frente a un pensador la sociedad ha seguido siempre dos caminos: o atraerlo para domesticarlo, o perseguirlo para concluir con él. Al pensador que se somete le llegan, sin duda, los agasajos y los honores, pero la sociedad no le confía otra misión que la de aquel sacerdote que los hurones llevaban cada vez que salían a la pesca: predicar a los peces para que se decidan a morder...

Respecto al pensador que no olvida sus deberes y los defiende virilmente, las sociedades modernas han variado un poco en su conducta: Si en un principio pareció lo mejor hacerle la vida insoporable, se resolvió después comportarse con más habilidad. Los "herejes" tenían a veces hallazgos asombrosos: el que pasaba sus días borroneando signos sobre una pizarra encontraba a veces una estrella al final de sus cálculos; el que se manchaba los dedos con reactivos yapestaba el aire con vapores, descubría sin saberlo una nueva tinción para las telas. Peligrosos, sin duda, no eran, sin embargo, inútiles; y bien podía perdonárseles de buenas ganas el descubrimiento inservible de la estrella, por el proficuo hallazgo del teñido. La sociedad empezó a valorar así el rendimiento práctico de la inteligencia. Le creó bibliotecas, le instaló laboratorios, le regaló premios, le erigió estatuas. Pero se apresuró, naturalmente, a no dejarla salir de lo que dió en llamarle "sus dominios". Individuos capaces de demostrar que los gusanos no nacen de la materia corrompida o que el hombre no es rey en la naturaleza sino la expresión más evolucionada de un largo proceso, ¿qué consecuencias irían a extraer si en vez de absorberse en los minerales o en la fauna les diera por volver los ojos a la organización de la ciudad y aseguraran después que la sociedad está fundada en la injusticia y la rapiña? "Un orden social que permite el examen de sus principios — ha dicho el general Cavaignac — es un orden social que está perdido." Y así nació el sofisma del intelectual aislado y sin partido, extraño por completo a las luchas de la política, ajeno en absoluto a la vida de su mundo. Mezcla de generosidad aparente y de logrería efectiva, la soledad del intelectual no podía beneficiar sino a la burguesía. Por lo que tiene de cálculo y por lo que tiene de miedo, la teoría del intelectual ajeno a los partidos muestra, en efecto, apenas se la estruja, la mezquindad inherente a la media alma burguesa. Aprovechar de él cuando pueda representar un adelanto en la técnica; impedir en él las amenazas posibles de su mentalidad disciplinada y de su crítica sin velos.

Por pereza unos, por sequedad otros, muchos intelectuales acogieron la teoría. Les halagaba tal vez reconocer en ella un homenaje de los "hombres prácticos". Creían quizá aumentar así las proporciones de su propio *decorum*, y al no participar sino desde muy

lejos en los tumultos de la plaza pública, no servir tampoco y en ninguna forma los intereses de nadie. Pero no faltó una catástrofe, uno de esos acontecimientos que estremecen fuertemente el edificio social, para que el pensador solitario y el estudioso aislado descubrieran con sorpresa que no habían sido más que un episodio en la táctica de la burguesía. Colaboradores sin saberlo, de ella iban ahora a recibir las órdenes, y Gentile remata con la camisa del fascismo su filosofía del espíritu como acto puro, y Bergson va a repetir con voz escasa las disposiciones que le entrega el estado mayor de su país.

En la trabazón extraordinaria de la vida moderna es inconcebible el aislamiento. Pero si no nos es dado segregarnos de los hombres, no nos es posible tampoco acercarnos hasta ellos sin pasiones. Hay una hipocresía no menos interesada que la tesis del intelectual aislado, en la teoría imposible que lo quiere tolerante e imparcial. ¿Cómo concebir la tolerancia cuando se tiene ideales? ¿Cómo desentendernos de su suerte hasta admitir en el ideal de los otros un valor por lo menos igual al de los nuestros? ¿Quién diría que ha sido capaz de trepar tan alto que ha llegado a dominar el bien y el mal, y los ha visto mezclar el curso de sus aguas? El que siente las propias ideas como siente latir la sangre en las arterias tiene de antemano dictada su actitud. No puede concebir la tolerancia sino en los conflictos que les son indiferentes. Ante la terrible realidad social, ¿quién tendría el valor de declararse indiferente? Y aun en ese caso ¿confesar tal actitud no equivaldría más o menos a tomar una postura? En su prosa transparente — a fuerza de ceñirse al cuerpo de la idea — así lo afirmó Lenin. “La indiferencia, dice, es la saciedad política. Es necesario estar repleto para mostrarse “indiferente” frente a un trozo de pan. Aquel que tiene hambre escogerá siempre un partido en cuestiones de pan. Confesar la indiferencia es confesar al mismo tiempo que se pertenece al partido de los saciados.”

La inteligencia no podría adherirse a ese partido. Su estructura misma se lo niega. *Inteligencia* es, sin duda, comprender, pero es también crear. La inteligencia no vive sino por el asombro. Allí donde nadie ve un problema ella conserva intacta su excitante capacidad de sorprenderse. Cada sorpresa es, en realidad, un acicate de su propio dinamismo, un motivo de investigaciones infinitas. Cada solución que atisba la lleva a otros problemas; muchas hipótesis que escoge se le deshacen muy pronto entre las manos, y así de esa manera, devorándose a sí misma, asistiendo trágicamente a su propio trabajo, la inteligencia busca encarnizadamente la solución que persigue. Cuando la encuentra, y la encuentra siempre — *ignoramus, no ignorabimus* — el alborozo legítimo de la reacción triunfal señala en la marcha del mundo el nacimiento de algo nuevo, tan original y tan inédito que la inteligencia adquiere en este aspecto los caracteres verdaderos de la invención.

Y ahora digo yo, ¿un mecanismo tan sutil podría abrazar el partido de los que niegan el derecho de asombrarse? ¿Acaso un proceso que marcha paso a paso hacia lo desconocido, criticándose a sí mismo con crueldad implacable, iría a sancionar la quietud del dogma, la rutina de las tradiciones, el gozo panglosiano de los que

nada esperan? ¿Cómo al encontrarse de pronto con el drama del mundo no habría de sorprenderse ante tanta miseria, ante tanta iniquidad, ante tanta injusticia? ¿No sería más bien como para enrojecer de cólera por haber creído en cuantos le engañaban, en los que le alejaron alguna vez de esos dolores diciéndole que eran mentiras, en los que distrajerón otra vez diciéndole que no debían preocuparlo? ¿Buscar la solución de todo esto no equivale a poner la inteligencia sobre el camino de la Revolución? ¿Quién habría de encontrarla, conformista y resignada cuando se trata de hallar precisamente un nuevo ritmo en la historia, una nueva y patética conciencia humana?

Tiene de un lado la legión siempre poderosa de sus viejos amos: la autoridad, la jerarquía, el orden; tiene del otro, los aliados de siempre: la rebelión, la inquietud, la negación. El conflicto de la inteligencia y de la sociedad, no es acaso la autonomía de la negación y el orden? El orden es lo fijo, lo aceptado, lo reverenciado; la negación es la reacción contra ese orden en la esperanza de encontrar uno mejor. Preocupación incesante, superación continua, perfeccionamiento infinito. Mirar todo lo hecho con ojos nuevos, empujarse para ver más lejos y más alto, apoyarse sobre hoy para alcanzar mañana. Junto al pensador y al santo, al profeta y el predicador. Ya no más una inteligencia que encuentra en sí el propio gozo. ¿De qué modo comparar su placer egoísta con el estremecimiento generoso del profeta que alza una esperanza nueva, del predicador que la desparrama y la vivifica, la multiplica en las almas, la enciende en los corazones?

La inteligencia puesta al servicio de la revolución, ¿qué papel podrá tener en ella? ¿Consejera, inspiradora, guía?

Las revoluciones que transforman la sociedad y desplazan la propiedad, tienen un proceso laborioso y oscuro que exige la marcha de los siglos. Pero han nacido siempre de un desacuerdo entre las instituciones y las costumbres, entre un mundo que nace y un mundo que no quiere morir. Los años y las circunstancias han ido ensanchando el desacuerdo, afirmando los contrastes, poniendo en conflicto la letra y el espíritu. Los signos de la desarmonía no son igualmente visibles para todos. Pero aquí y allá se imponen a veces con una evidencia tal que no es posible el error: la historia prepara entre el juego ciego de sus fuerzas el advenimiento inminente de una nueva realidad. A sabiendas, los menos, ignorándolo los más, todos van arrastrados por aquel empuje irresistible. Nadie puede impedirlo, contenerlo, desviarlo. Los mismos que intentan remontar su curso son pasajeros que caminan para atrás en el interior de un tren en marcha.

Afluentes ignorados se incorporan sin cesar de todas partes, y poco a poco entre resistencias y crujidos empieza a ascender una conciencia oscura. Elevarla a plena luz, traducirla en doctrina, encenderla en ideales, esa es la obra de la inteligencia: bajo su aliento, lo que no era hasta entonces sino sorda rebeldía asciende ahora a Revolución. La miseria y el descontento pueden engendrar motines; las revoluciones en cambio solo estallan cuando la clase que aspira a conformar sus intereses ha ido adquiriendo en esca-

ramuzas previas el conocimiento aproximado de sus fuerzas. No es el gesto de los desesperados y de los hambrientos; es la ascensión de una clase vigorosa que impone con su acción su ideología: ayer, la Enciclopedia y el Contrato Social; hoy, el caudal de las ciencias y el pensamiento de Marx. Inspiradora, consejera y guía, la inteligencia encierra así la posibilidad ulterior de realizaciones que sugiere, o de realizaciones que pronostica, y es bien sabido que son las notas de Marx sobre la *Comuna de París*, las que habrían de dirigir, medio siglo después, las grandes líneas de la organización de los soviets.

La inteligencia no se incorpora, pues a la revolución como quien adhiere precipitadamente a un movimiento que supone generoso. "No se es revolucionario — decía Lázaro Carnot, — se llega a serlo". Sin el estudio profundo de la realidad social, sin el conocimiento acabado de sus pensadores y de sus teóricos, sin la reflexión crítica que suprime o suple las deficiencias de una ideología, sin la madurez que solo dan las meditaciones precozmente comenzadas, toda invocación de la revolución, por resonante que sea, no pasará más allá de un gesto o de un saludo. Barnave se incorporó a la revolución el día en que la madre fué expulsada por un noble de su palco en el teatro de Grenoble. Pero no habían pasado muchos años cuando los ojos tristes de una reina en desgracia le entibiaron la fe. Un impulso lo había llevado a la Revolución; otro impulso lo alejaba. Las desconfianzas del proletariado hacia los intelectuales — más exageradas que injustas, — no tienen otro origen. ¿Cómo aceptar por aliados a esos estetas a lo Ruskin que sólo ven en la miseria un obstáculo a la belleza? ¿Qué pensar de esos poetas que a la manera de Beaudelaire en el 48 no rehuyen el fuego de la barricada pero dirigen después y casi al mismo tiempo un periódico socialista y un periódico católico? Tantas veces engañado, tantas veces mentido, el proletariado aspira a construir con sus propias fuerzas la empresa gigantesca de su emancipación. ¿Mirará por eso con más benevolencia a esos "técnicos" salidos de sus filas, dispuestos a realizar la Revolución como quien construye un puente?

Ni "impulsiva" ni "técnica", la inteligencia es la levadura indispensable de la revolución. ¿Su apóstol más entusiasmado no fué acaso un filósofo? ¿El método con el cual renovó la economía no era acaso el mismo que Fenerbach y Strauss llevaban a la historia de las religiones? La misma facilidad con que se adapta a otras disciplinas, no indicará que a pesar de la diferencia de los medios el intelectual encuentra en él la atmósfera indispensable a su inteligencia? La causa del proletariado no es por eso una causa y si para destruir puede bastar la pica, para construir es necesario la escuadra y el compás.

No ignoro la responsabilidad de lo que digo, pero sería traicionar la confianza que me trajo hasta aquí si no os dijera derechamente lo que constituye para mí el deber más urgente de la hora. La cuestión social no existe sino para los que la sufren y para los que la estudian. Os he invitado a estudiarla cordialmente, con sinceridad y con amor. Si la nobleza instintiva de la juventud,

es ha acercado a ella no creais que la servís con vuestro sólo entusiasmo. Adentraos sin temor en la especulación iniciadla sin recelo en la lectura de los clásicos. Si veces la letra es árida os recomfortará saber que cada línea tiene ya en la historia una repercusión prolongada. Sólo así, por la meditación y por el estudio podréis incorporar a vuestra personalidad la preocupación social que la anime y que la oriente. No abandonéis por eso el sector de la naturaleza o de la vida que había despertado vuestra curiosidad primera. En él encontraréis gozos intelectuales de otro orden, pero no más puros ni más hondos. Trabajadlos intensamente hasta sentir en él la alegría de haber encontrado algo nuevo; pero que el laboratorio, la biblioteca o el bufete tengan amplias ventanas siempre abiertas. Que nada de lo que ocurre afuera pueda seros extraño; que ningún tumulto pueda llegar a importunaros. Al especialista fragmentario que fué el ideal de otro tiempo, oponed el *gesamtmensch* del ideal contemporáneo, el "hombre-todo" de Goethe, capaz de sentir y comprender la compleja diversidad del mundo. Sin esa red que eleva y universaliza, que las glorias más puras os parezcan disminuidas. Ninguna vida más alta que la de Pasteur, ninguna inspiración más noble. Pero cuando le escuchamos opinar en política y en religión con las mismas opiniones de su cocinera, sentimos que aquella vida ejemplar no fué sin embargo completa, y a pesar del cariño y de la admiración un rubor nos confunde y nos humilla.

No desdeñéis tampoco el arte y la belleza, ni os desleial a la exigencia absurda de querer socializarlos. Son la expresión de lo que hay en nosotros de más individual y merecen sin duda la devoción apasionada. Por eso también, cuando Emerson pasea bajo el cielo de Italia y arrastra penosamente su fastidio por la Florencia incomparable, sentimos de igual modo una profunda pena porque fuerza nos es reconocer que le faltaba al apóstol una cuerda en su alma. La vida sin duda no es sueño ni nostalgia, pero a pesar de su aparente despegue los poetas ayudan también al Universo a realizar sus fines. La vida es acción, la vida es batalla, pero no todo es lucha y vigilia. Allí en los subsuelos del alma hay siempre un sordo rumor de voces que nos alejarían de la acción si les prestáramos oídos. Escuchémoslas, sin embargo, algunas veces, y aunque seamos sensibles a su engañosa armonía que sean para nosotros como el descanso de un remero que pone el barco a vela.

Los días que vivimos son de prueba. No os engañen las calmas aparentes. Hay una guerra constante de todos los días, de todas las horas. No es posible una paz duradera mientras subsista el capitalismo. El menor de los actos tiene así un significado preciso. Sepamos siempre para quien trabajamos. Cada desfallecimiento es un triunfo de los otros, cada inconsecuencia una traición. Seréis pues responsables de vuestros gestos, de vuestras actitudes, de vuestra vida. Pero si la tarea es dura, las horas no perderán por eso su alegría. ¿No estaréis acaso compensados de sobra al saberos solidario con un algo más vasto que nuestro propio pueblo? A la visión estrecha de las doctrinas del pasado, no oponéis acaso la

vasta alma moderna? Renunciaréis, sin duda, a muchas vanidades; chocaréis muchas veces con muchas incomprendiones; las vanidades que dan los éxitos de la figuración y la "carrera"; las incomprendiones de todos los egoístas que se instalaron en la vida como en un buen sillón. Pero que pueden significar los sacrificios a la edad en que se tiene el orgullo de vivir la propia vida con las solas inspiraciones del porvenir y del ideal? Qué pueden significar los sacrificios si al mezclarlos a la vida de la época y al batallar en ella, vais sintiendo al mismo tiempo que os aumenta en tamaño el corazón? La vida alcanzará así su exaltación más alta, y al inclinaros entonces sobre vuestra propia alma tal vez merezcáis escuchar eso que Tucídides llamaba "el alma profética del amplio mundo hablando de las cosas venideras."